

**Discipulado de la Palabra**  
**La experiencia del Resucitado con el Evangelio de Juan**  
**(Séptima semana de Pascua)**



(Chris Brandley, "Total abandon", Óleo 2011)

*¡Oh llama de amor viva,  
que tiernamente hieres  
de mi alma en el más profundo centro!  
pues ya no eres esquiva,  
acaba ya si quieres;  
rompe la tela de dulce encuentro.*  
(San Juan de la Cruz)

Séptima Semana de Pascua

**Lunes**

---

**Jesús forma la comunidad (VI):**

**Una increíble fidelidad**

Juan 16, 29-33

“¡Ánimo! Yo he vencido al mundo”

Con el epílogo del discurso de despedida de Jesús a sus discípulos, llegamos a la quinta y última lección de Jesús sobre la formación de la comunidad pascual.

**1. Jesús sintetiza su obra**

Jesús hace la síntesis de su obra en el mundo a partir de la descripción del doble movimiento de “venida” y “regreso” al Padre: “***Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre***” (16,28). En una sola mirada Jesús abraza su camino entero. Es a partir de este horizonte que hay que entenderlo todo.

Jesús se va porque su patria es el Padre. Su estadía en el mundo es pasajera y su amistad con los discípulos es apenas el comienzo de una relación que se prolongará más allá de la muerte. El sentido de su venida al mundo es el Padre: dar a conocer su rostro amoroso, abriéndole a todo el mundo el camino de acceso a este amor transformador que sacia el corazón.

Jesús regresa al Padre, pero no regresa solo. Todos los que lo aman y creen en Él serán acogidos por el Padre en su casa.

**2. Jesús advierte sobre la débil fidelidad de los discípulos**

Pero justo en el momento en que los discípulos hacen su confesión de fe, “***creemos que has salido del Dios***” (16,30), se dispara la alarma. Los discípulos aparecen muy seguros de sí mismos en este momento, pero dentro de poco abandonarán al Maestro. Jesús lo advierte: “***Mirad que llega la hora (y ya llegado ya) en que os dispersaréis cada uno por vuestro lado y me dejaréis solo***” (16,32a).

A pesar de su seguridad externa en este momento en que se sienten animados por las enseñanzas de Jesús, Jesús deja en claro que la fidelidad y la firmeza interior de ellos todavía no es completa. Los discípulos no se deben confiar en sus emociones. Falta todavía algo. Sólo cuando Jesús emprenda el camino de la Cruz, en el cual ellos no lo seguirán, entenderán el por qué.

De hecho Jesús recorre el camino de la Cruz sin sus discípulos, pero esto no quiere decir que vaya solo, con Él irá el Padre: “***No estoy solo, porque el Padre está conmigo***” (16,32b). Aun en la Pasión el Padre mostrará su inagotable fidelidad. Jesús tiene confianza en esto. El apoyo vendrá del Padre y no de los discípulos en la hora crucial.

**3. Jesús promete su fidelidad**

Los discípulos dicen que aman a Jesús pero lo abandonan. En cambio la actitud de Jesús hacia los discípulos es completamente distinta. A ellos también los esperan tiempos

difíciles, el camino hacia el Padre tendrá muchos escollos: “**en el mundo tendréis tribulación**” (16,33b). Pero Jesús no los abandonará.

Jesús no se limitará a estar al lado sino que estará ahí salvando, haciendo presente su victoria pascual. Todo lo que hace de este mundo un “valle de lágrimas” ha sido superado victoriosamente por Jesús: el odio de la gente, las persecuciones, el dolor, la debilidad y la muerte. Todo. Jesús hace sentir desde entonces su voz poderosa de Señor resucitado que dice: “**¡Ánimo! Yo he vencido al mundo**” (16,33c).

No se dice que los discípulos serán preservados de las tribulaciones, sino que si ponen la mirada en el Cristo Pascual, la victoria está asegurada. En la opresión los discípulos tendrán paz y en la dificultad confianza: “**Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí**” (16,33a).

La mirada no se puede apartar del Cristo Pascual. Por eso habrá que seguir adelante en el evangelio: contemplando con el discípulo amado el camino de la Pasión gloriosa de Jesús y haciendo con la comunidad el camino de la fe Pascual en el día de la resurrección. El discurso acaba aquí, pero no el camino.

### ***Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿Cuál es el sentido de la “venida” al mundo y del “regreso” de Jesús al Padre? ¿Qué implica para nosotros?
2. ¿Qué le dice Jesús a sus discípulos en el momento que comienzan a cantar victoria antes de tiempo, por el hecho de haber entendido las revelaciones de Jesús?
3. ¿Con qué actitud hay que seguir el camino del discipulado a lo largo de toda la vida?

Oremos con Synesius de Cirene (autor del siglo IV):

*Yo le canto, en el mismo trono, al Espíritu,  
quien está entre aquél que es el principio  
y el que es el engendrado.*

*Celebrando el poder del Padre*

*mis cantos despiertan en mí*

*sentimientos muy profundos:*

*¡Salve, oh fuente del Hijo!*

*¡Salve, oh Imagen del Padre!*

*¡Salve, oh morada del Hijo!*

*¡Salve, oh impronta del Padre!*

*¡Salve, oh poder del Hijo!*

*¡Salve, oh belleza del Padre!*

*¡Salve, oh Espíritu purísimo!*

*¡Vínculo entre el Hijo y el Padre!*

*¡Oh, Cristo! Haz que descienda sobre mí  
este Espíritu con el Padre.*

*Que Él sea para mi alma un rocío  
que me colme de tus dones reales.*

*Amén.*

*Séptima Semana de Pascua*

**Martes**

---

### **La oración del Buen Pastor (I)**

Juan 17, 1-11<sup>a</sup>

“Alzando los ojos al cielo dijo...”

En estos últimos días del tiempo pascual leemos en la liturgia de la Iglesia el discurso de despedida de Jesús, el cual culmina con la monumental oración -llamada “sacerdotal”- de Jesús.

Por razones de espacio no vamos a entrar en los detalles de la oración de Jesús en Juan 17 (si bien nos gustaría mucho). Proponemos, en estos tres días en que la liturgia nos pide que nos pongamos ante esta maravillosa página del evangelio, que cada uno haga espacio la oración de Jesús, sostenido –por ahora- por la introducción general que hacemos.

#### **1. Una síntesis del camino**

Con sus discursos de despedida (Juan 14-16), Jesús fue preparando poco a poco a sus discípulos para que entendieran y para que afrontaran la separación. Su muerte y su resurrección marcaban un giro profundo en la manera de vivir las relaciones con él, el discipulado ya no consistía en estar junto con él sino vivir en él, como bien lo enfatiza en su discurso: “Yo en vosotros y vosotros en mí”.

Todo lo que Jesús le ha enseñado a sus discípulos en el ámbito de la última cena y luego a lo largo del trayecto hacia el jardín en el cual se realizará el prendimiento, ha sido una expresión de su amor, de su real interés por la vida pascual de sus discípulos.

Jesús ha expresado su más profundo deseo: quiere que, superando la tristeza y la turbación interior, vivan el gozo de la pascua en la que la comunión con él se convierte en un cántico de victoria que nada en el mundo les podrá quitar. Jesús quiere que sigan por el camino recto, por las rutas de la historia, y lleguen hacia la meta que es la perfecta unión con Dios Padre y con él, en el vínculo de amor del Espíritu Santo

Pues bien, esta maravillosa oración, que hace de puente entre el discurso de la cena y su agonía en las sombras del jardín, es una oración tan extensa cuanto intensa, cargada de profundas emociones.

La de Juan 17 es una oración en la que no sólo se abren los brazos sino el corazón y en la que la mirada abarca no sólo a los discípulos ahí presentes sino que atraviesa todos los siglos de la historia, abrazando a todos que escuchan y viven su Palabra en cualquier lugar y en cualquier tiempo.

Contemplemos el rostro de Jesús en esa noche. El texto no nos lo describe, pero tenemos elementos para reconstruir su actitud en este pasaje.

(Continúa mañana)

*Séptima Semana de Pascua*

**Miércoles**

---

### **La oración del Buen Pastor (II)**

Juan 17, 11b-19

“Cuida en tu nombre a los que me has dado”

(Continuación de ayer)

#### **2. El contexto de la oración de Jesús**

Es la noche víspera de la pascua, que es la fiesta de la luna llena, de manera que el rostro de Jesús se ve resplandecer, bajo la luz intensa de la luna, en el momento de su oración. Por el tono de sus palabras notamos su ternura y su premura de buen pastor.

Y ese amor profundo y el sentido de responsabilidad que en diversas ocasiones manifestó por sus discípulos (por ejemplo, en Juan 10,27-30, “*(A mis ovejas...) Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano*”), se lo notamos también ahora en su oración con la mirada clavada en el Padre quien es la fuente de su vida, de su misión, de su amor capaz de ir hasta la entrega extrema.

Jesús ora en voz alta, quiere que también lo escuchen sus discípulos, les da permiso para que conozcan su corazón orante, para que compartan su intensa relación con el Padre y para que sepan qué es lo quiere de ellos. Jesús ora en voz alta, para su oración se prolongue en nuestra propia oración.

Por esta razón la oración de Jesús en Juan 17 es una verdadera escuela de oración que, además de “oración sacerdotal”, también podemos llamar: “la oración del Buen Pastor”. Las ovejas “escuchan su voz” y lo siguen en sintonía con su corazón, haciéndole eco en la historia a la voz, a las actitudes y a los compromisos revelados en su oración.

#### **3. Cómo ora Jesús**

La oración de Jesús en Juan 17, se desarrolla en tres círculos concéntricos, que son círculos relacionales: primero se centra en la persona y la misión de Jesús con relación al Padre, luego en la relación de Jesús con los once discípulos que le quedan -bajo la luz del amor del Padre-, y finalmente en la relación de Jesús y su comunidad base con los discípulos que engrosarán la comunidad en los tiempos futuros, entrando en la familia del Padre.

En cada etapa de la oración van entrando nuevos personajes, temas y súplicas que -acumulativamente- confluyen y se interrelacionan hasta crear un conjunto único y tridimensional en el cual el mundo entero es releído desde el telón de fondo de la obra salvífica de Dios. Y ahí dentro, cada uno de nosotros ocupa un lugar.

Observemos los tres movimientos de la oración de Jesús:

- Juan 17,1-5: Jesús ora **por su propia glorificación**, de manera que pueda llevar a cumplimiento la obra que inició con sus discípulos.

- Juan 17,6-19: Jesús ora **por la comunidad** que ha formado (la que tiene al frente).
  - vv.6-10: Hace memoria de la tarea realizada hasta ese momento y el hecho de haber sido acogido por sus discípulos.
  - vv.11-19: Le pide al Padre que proteja en su nombre a los discípulos y que los santifique en la verdad.
- Juan 17, 20-26: Jesús **ora por el futuro de la evangelización**, por todos los que creerán como respuesta a la predicación apostólica y finalmente por las futuras comunidades cuya plenitud será su comunión de vida con el Padre.

***Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón***

Sugerimos hacer por cuenta propia una primera lectura de todo el capítulo, subrayando los imperativos, los términos cargados de sentido, las insistencias, las personas de las que se habla, lo que está en pasado, en presente y en futuro, y finalmente el orden -o “momentos”- en que se desarrolla la oración; además, procurar “sentir” el texto, la fuerza de sus palabras y sus impulsos.

Séptima Semana de Pascua

**Jueves**

---

### La oración del Buen Pastor (III)

Juan 17, 20-26

“Quiero que donde yo esté estén también conmigo”

En la última sección de su oración Jesús ora en palabras que alcanzan a la totalidad de la Iglesia y abraza a todos los creyentes de todos los tiempos, incluyéndonos a nosotros aquí en esta mañana.

Esta parte de la oración de Jesús está centrada en tres peticiones:

- Jesús ora para que los discípulos logren la unidad y esta unidad evangelice el mundo (17,20-23)
- Jesús ora para que los discípulos puedan llegar a la contemplación de la gloria de Jesús en la amistad eterna él (17,24)
- Jesús ora para que vivan habitados por el amor de Jesús y sean transparencia de él en el mundo (17,25-26)

Vamos a detenernos solamente en la segunda petición:

***“Padre, los que tú me has dado,  
quiero que donde yo esté estén también conmigo,  
para que contemplen mi gloria, la que me has dado,  
porque me has amado antes de la creación del mundo” (v.24)***

El amor siempre pide unión y esta unión pide eternidad. Por eso cuando dos amantes se declaran el amor generalmente se dicen “para siempre”.

Esto es lo que Jesús ora en la segunda parte de su oración por todos los discípulos de la historia. Ora el futuro del amor, el futuro de la relación de discipulado.

¡Qué profundidad, qué alcance tienen los temas que Jesús va exponiendo en esta magnífica oración!

Aquí Jesús dice que sus discípulos, no solos sino en comunidad, estarán siempre con él. Recordemos, cuando leímos el capítulo 14 de Jn, que lo que dio pie a las últimas enseñanzas de Jesús fue precisamente el hecho inminente de la separación, el “**yo me voy**” de Jesús.

En Filipenses 4,17, Pablo le anunció a su comunidad su destino final: “**así estaremos con el Señor para siempre**”. Estar con el Señor, aquí en la palidez del tiempo presente y luego en el Cielo, es nuestra meta.

La razón de ser de esto, dice Jesús en su oración, es “**para que contemplen mi gloria**”. Hay un texto de 1 Jn 3,2 que nos ayuda a interpretar esto de la contemplación de la gloria: “**Cuando nosotros los veamos seremos semejantes a él**”. Esto es contemplar la gloria: ser como él. Y esta gloria que contemplamos es algo que nosotros actualmente experimentamos. En Jn 1,14 se dice que “**el Verbo se Hizo carne... y contemplamos su**

*gloria*". Contemplamos la gloria en el Verbo encarnado, en el rostro humano de Jesús, que no es otra cosa que el rostro divino que nosotros estamos llamados a tener.

Dejemos que la fuerza la oración de Jesús ilumine nuestro corazón con esta esperanza: ***"Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo, para que contemplan mi gloria"***.

No hay nada más bello que estar junto con Jesús. Esta promesa nos ha venido acompañando a lo largo de todo este tiempo pascual, con la lectura de Juan. Jesús ya había dicho: ***"Si alguno me sirve que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor"*** (12,26).

También fue esa la convicción con la que comenzó el capítulo 14, donde Jesús propuso la imagen de la casa: ***"Voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros"*** (14,3). Con estas palabras luminosas comienza y también termina el gran adiós del Maestro.

Dejemos que la oración de Jesús impregne la nuestra:

*"Señor hoy siento deseo de estar contigo y de verte. Yo sé que un día mi corazón te contemplará para siempre, estará siempre en tu presencia y te amará apasionadamente en todas las cosas. Llegará un tiempo en que no respiraré, no pensaré y no me moveré, pero yo sé que respiraré, pensaré y sentiré tu amor"*. Amén.

### ***Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿Qué me inspira la oración de Jesús? ¿Qué sentimientos me provoca?
2. ¿Cuál es el mayor deseo de dos personas que se aman? ¿Cuál es deseo de Jesús para sus discípulos?
3. ¿Qué pido para mi familia, para mi comunidad, para mis amigos?



*Séptima Semana de Pascua*

**Viernes**

---

### **La confesión de amor**

Juan 21,15-19

“Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo”

Todo el itinerario bíblico de la Pascua ha venido oscilando entre la confesión de fe y la confesión de amor. Esta confesión es fruto de la Pascua en nosotros.

Hoy llegamos al último capítulo del evangelio de Juan y nos encontramos con la triple confesión de amor de Pedro (“*Tú sabes que te amo*”), después del milagro de la pesca abundante en el lago y la invitación –por parte de Jesús- para compartir el pan y el pescado.

#### ***Tres veces tres***

Justo en este momento se abre un diálogo entre Jesús y Pedro. Tres preguntas: “*¿Me amas?*”; tres respuestas: “*Tú sabes que te amo*”; tres mandatos por parte de Jesús: “*Apacienta mis ovejas y mis corderos*”.

Es de notar que, si bien hay repeticiones, las preguntas y respuestas no son siempre idénticas. Por ejemplo, el vocabulario del amor: “amar”, “querer”. Con sus preguntas, Jesús quiere saber de Pedro: “¿Aún estas dispuesto a dar tu vida por mí?”, “Todavía quieres ser mi amigo?”.

#### **1. Jesús le da una nueva oportunidad a Pedro**

Lo que sorprende es que Jesús permanece fiel a Pedro. Y esto a pesar de que Pedro fue infiel a la promesa que le hizo al Maestro de no traicionarlo nunca aunque la fidelidad le costara la vida.

Con la triple pregunta, Jesús le da a Pedro la posibilidad de enmendar su triple negación durante la pasión. Dios nos da a todos siempre una segunda oportunidad. Incluso nos da una tercera, una cuarta y hasta infinitas posibilidades. El Señor no lo borra a uno de su corazón con el primer error. ¿Será que nosotros somos así con los demás?

#### **2. Pedro surge como un hombre nuevo**

Pero, ¿qué es lo que sucede al interior de este diálogo en el que Jesús y Pedro se reconcilian, y esta reconciliación es el punto de partida del pastoreo amoroso de Pedro en la Iglesia?

La confianza y el perdón del Maestro hacen de Pedro una persona nueva, fuerte, fiel hasta la muerte.

La fortaleza interior de Pedro, expresada en su confesión de amor, lo capacitan para ser Pastor de la Iglesia.

Lo que vendrá enseguida para Pedro no será nada fácil: él deberá pastorear la grey de Jesús en los momentos difíciles de sus comienzos (todo comienzo es difícil). A Pedro le tocará acompañar el paso de una Iglesia de Palestina a una Iglesia de las naciones y enfrentar las resistencias que se dan a interior de la comunidad para que se de esa apertura querida por el Espíritu Santo.

Lo que sigue en la vida de Pedro no es nada fácil, pero la confesión de amor de aquella mañana después de desayunar con el Resucitado, ese “*tú sabes que te amo*” ahora sí se mantendrá en pie, la fidelidad será posible, y con esta actitud llegará hasta el final de su vida: hasta el momento glorioso de dar su vida por Cristo. El amor del Crucificado, infundido por la presencia del Resucitado en su corazón, le dará a Pedro la capacidad de cumplir su promesa de dar la vida por Jesús (ver 21,19).

Si aprendiéramos la lección contenida en esto que Jesús hizo por Pedro, si nos interesáramos por devolverle nuestra confianza a alguien que se ha equivocado, que nos ha hecho algo feo, que nos ha traicionado, que no se hizo sentir cuando más la necesitábamos, nuestra convivencia familiar y comunitaria sería más feliz.

### 3. Un amor que “apacienta” responsablemente

El diálogo entre Jesús y Pedro tiene que ver con la vida de cada uno de nosotros. San Agustín, comentando este pasaje del evangelio dice: “Interrogando a Pedro, Jesús también nos interrogaba a cada uno de nosotros”.

La pregunta: “¿Me amas?” se dirige a todo discípulo. El cristianismo no es un conjunto de doctrinas y prácticas; es una realidad mucho más íntima y profunda. Es una relación de amistad con la persona de Jesús.

Muchas veces durante su vida terrena, Jesús le había preguntado a la gente: “¿Tienes fe?”, pero nunca hasta ahora le había preguntado a nadie: “¿Me amas?”. Jesús solamente lo hace ahora, después que en su pasión y muerte, nos ha dado la prueba de cuánto nos ha amado.

Pero pongámosle cuidado también a esto: Jesús pide que el amor por Él se concrete en el servicio a los demás. Amar consiste en servir. “¿Me amas?, entonces apacienta mis ovejas”. ¿Amas a tu esposo(a)?, entonces ocúpate de él (ella). ¿Amas a tus hermanos de tu comunidad de fe?, entonces ponte a servirles.

Es bonito ver cómo Jesús no quiere ser el único en recibir los frutos de amor de Pedro, sino que quiere que se beneficien sus ovejas. Jesús es el destinatario del amor de Pedro, pero no es el beneficiario. Es como si dijera: “Considero como algo hecho a mí, todo lo que hagas por el rebaño”.

Nuestro amor por Jesús no se debe quedar en un hecho intimista y sentimental, se debe expresar en el servicio a los otros, en el hacerle el bien al prójimo. La Madre Teresa de Calcuta solía decir: “*El fruto del amor es el servicio y el fruto del servicio es la paz*”.

***Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón***

1. ¿Qué tan grande es mi amor por Jesús? ¿Qué estaría dispuesto a hacer por Él?
2. Pedro pudo hacer esta confesión de amor sólo después de la muerte de Jesús, cuando fue plenamente amado. ¿Qué es lo que puede sostener mi fidelidad en el amor?
3. El verdadero amor es ocuparse de las ovejas. ¿De quiénes me he olvidado? ¿De quién debería ocuparme más?

*“Riega la tierra en sequía,  
sana el corazón enfermo,  
lava las manchas,  
infunde calor de vida en el hielo,  
doma el espíritu indómito,  
guía al que tuerce el sendero”*  
(Oración “Ven, Espíritu Santo”)

**Una confrontación entre Pedro y el Discípulo amado**

Juan 21, 20-25

“Tú, sígueme”

El último pasaje del evangelio de Juan le da la ocasión a Jesús para pronunciar por última vez el imperativo de la vocación: “**Tú, sígueme**” (21,22; ver 1,43; 21,19).

El contexto del pasaje no le da a Pedro la mejor imagen, puesto que se trata de una confrontación con el discípulo amado. Pedro le pregunta a Jesús: “**Señor, y éste, ¿qué?**” (21,21), en el sentido de “¿qué será de él?”. El apóstol a quien Jesús le ha dado a entender que su destino es el martirio (ver 21,18-19), quiere saber cuál será el destino de su compañero.

La respuesta de Jesús es dura: “**Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa?**” (21,22<sup>a</sup>). ¿Cómo entender esta reacción? Ante todo como una invitación a no compararse con los demás: Jesús tiene un camino para cada uno y ninguno de es mejor ni peor. Pertenece a la soberana libertad de Jesús indicarle el camino del seguimiento a cada uno. Cada discípulo es invitado a apreciar y respetar el itinerario del otro.

El “**Tú, sígueme**” es, entonces, la norma de vida del discípulo: su mirada está siempre puesta en el Maestro y, desde ahí, acoge también el amor y estilo de relación que tiene con todos los discípulos.

En el “**Tú, sígueme**”, Pedro es llamado para hacer lo que Jesús le pida –como por ejemplo, el martirio- sin importar si no se lo pide a los demás. Es aquí donde la pureza de corazón alcanza su más alto grado.

Las palabras finales del evangelista (21,24-25), nos muestran que la obra de Jesús es infinitamente grande, que siempre nos sobrepasa: aún cuando creamos conocer el Evangelio, siempre hay novedades, hay sorpresas. Ni siquiera el mismo Juan, el apóstol del Verbo Encarnado, fue capaz de agotar lo que es el Misterio de Dios.

La profunda humildad que aprende Pedro en la última escena del evangelio es también la profunda humildad del evangelista, quien cierra su obra sabiendo que Jesús siempre le supera. Una actitud que lleva finalmente a la confianza, porque sabemos que, por una parte, el “**testimonio es verdadero**” (21,24), y por otra, que el Resucitado estará siempre ahí realizando las promesas que el evangelista nos hizo contemplar.

**Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón**

1. ¿Me comparo con otras personas? ¿Me considero en ventaja o desventaja con relación a los demás?
2. ¿Estoy dispuesto para hacer lo que el Señor me pida, no importando que no le pida eso mismo a otros?
3. ¿Con qué actitud termina Juan su evangelio? ¿Qué dice esto con relación a la experiencia de Jesús Resucitado?

## Domingo de Pentecostés

---

### Inundados por el poder del Espíritu Santo: fuego y viento impetuoso de amor

Hechos 2,1-11

“Quedaron todos llenos del Espíritu Santo”

#### *Es el Espíritu Santo...*

Hoy celebramos y revivimos el misterio de Pentecostés, la plenitud del misterio de la Pascua en la efusión del Espíritu Santo. Celebramos el fuego de amor que el Espíritu encendió en la Iglesia para que arda en el mundo entero: ¡fuego que no se apagará jamás!

Es el *Espíritu Santo* quien, con su fuerza unificadora, nos lleva a todos -en la multiplicidad de dones- a aceptar y confesar una misma fe en Jesús “Señor” nuestro.

Es el *Espíritu*, el que con toda su potencia actúa en nosotros ayudándonos a comprender y a poner en práctica las palabras de Jesús; sus actitudes, gestos y comportamientos se nos impregnan gracias al soplo del Espíritu.

Es el *Espíritu Santo* quien se hace presente en los oídos y en el corazón de todo oyente de la Palabra, para que sea posible la “Lectio Divina”, o sea, para que cada oyente se abra a la fuerza penetrante de la Palabra.

Es el *Espíritu* el que transforma el pan y el vino en el cuerpo entregado y en la sangre derramada de Jesús, prolongando en cada asamblea eucarística su Pentecostés.

Es el *Espíritu Santo* el que nos impulsa a anunciar el “Misterio de la fe”, de la muerte y resurrección del Señor, la semilla de la Palabra –kerigma- de la cual nace la Iglesia.

Es el *Espíritu* el que sopla sobre nuestra humanidad pecadora, para transformarnos y hacer de nosotros personas que aman y perdonan a sus hermanos.

Es el *Espíritu Santo* el que hace de la comunidad cristiana no una simple asociación de personas buenas y religiosas, sino el Cuerpo Místico de Cristo, el pueblo reunido en el amor de la Trinidad que canta en alabanza las maravillas de este amor de Dios en la historia.

Es el *Espíritu* el que nos impulsa en el seguimiento cotidiano de Jesús, infundiéndole a nuestra existencia una dimensión siempre nueva de alegría, paz, verdad, libertad y comunión. No es lo mismo vivir con Él que sin Él.

Es el *Espíritu Santo* quien es la fuente de la santidad de la Iglesia. Porque se ha derramado el Espíritu, la Iglesia es santa, e incluso podríamos decir que si hay santos es porque el Espíritu continúa obrando hoy como ayer.

Es el *Espíritu* el que con su presencia sigue y seguirá haciendo posible la realización del plan de salvación de Dios en la humanidad, hasta que ella llegue a su plenitud.

Es el *Espíritu* Santo el que hace fructuoso todos nuestros esfuerzos en nuestra peregrinación cristiana de cada día. El Espíritu Santo nos precede en todo lo que hacemos porque es en Él que Dios realiza toda su obra. Su venida le da la luz y el sabor de la presencia de Dios a todas las cosas.

¿Pero quién es este *Espíritu Santo* que obra tantas cosas en nuestra vida?

El *Espíritu Santo* es el amor personal del Padre y del Hijo, y amor quiere decir vida, alegría, felicidad.

El *Espíritu Santo* es Dios mismo vaciándose en el hombre y moviéndolo internamente para que se abra amorosamente —a la manera de Jesús— al hermano y se arroje confiadamente en los brazos del Abbá-Padre.

El mismo Dios que a lo largo de la historia les ha dado muchas cosas a los hombres, que les ha enviado personajes, incluso su propio Hijo, ahora se da a sí mismo de forma inaudita. Por eso decimos que es el don “escatológico” o “definitivo” de Dios (aquí escatológico quiere decir: “después de esto ya no hay más”, “más de eso no hay”).

Es así como el irresistible amor de Dios entra en lo más hondo de nuestras vidas. Su presencia causa muchos efectos, porque como nos enseña la Palabra de Dios, el *Espíritu Santo* viene para salvar, sanar, enseñar, exhortar, reforzar, consolar...

Por eso hoy clamamos con entusiasmo, con todas nuestras fuerzas: “*¡Ven, Espíritu Santo!*”.

### *El Pentecostés lucano*

Sumerjámonos hoy en este misterio guiados por la Palabra, de manera que nos impregnemos de él.

Los invitamos en este año a leer con mayor atención el Pentecostés lucano narrado en Hechos de los Apóstoles 2,1-11 (primera lectura de la Solemnidad). La “Lectio” de este pasaje nos ayudará a recrear la atmósfera, el estado de ánimo de Pentecostés, porque es verdad que no puede haber un estado de ánimo mejor, una actitud más completa con la cual podamos vivir la vida que *¡la del Espíritu Santo!*

Salido de la artística pluma lucana, notamos que el relato de Pentecostés es un drama bellísimo, un drama en el sentido original del término, que es el de una participación, de un fuerte movimiento interno cargado de fuertes emociones que le da un gran giro al escenario. ¡Qué intensidad hay en cada palabra! Para captarlo, entremos en la atmósfera espiritual de los dos cuadros que lo componen:

- (1) Dentro del cenáculo: la efusión del Espíritu (2,1-4)
- (2) Fuera del cenáculo (2,5-11)

Pero comencemos por el contexto:

## 1. La comunidad reunida en un día de fiesta (Hechos 2,1)

*“Al cumplirse el día de Pentecostés” (2,1<sup>a</sup>)*

La palabra **“Pentecostés”** quiere decir “el día número 50” o “el quincuagésimo día”. Se trata del nombre de una fiesta judía conocida como “Fiesta de las Semanas”, más exactamente la de las “siete semanas” que prolongaban la celebración de la gran fiesta de la Pascua. Se sumaba así una semana de semanas (7x7), número perfecto que se celebraba al siguiente del día 49.

En un principio se trataba de una fiesta campesina: después de recoger las primeras gavillas, los campesinos festejaban agradecidos el fruto de la siega, **“las primicias de los trabajos, de lo sembrado en el campo”** (Éxodo 23,16). De ahí que se acostumbrara ofrecerle a Dios dos panes con levadura cocinados con granos de la primera gavilla (ver Levítico 23,17).

Pero con el tiempo, la fiesta campesina se convirtió en fiesta religiosa en la que se celebraba el gran fruto de la Pascua: el don de la Alianza en el Sinaí. Por esa razón los israelitas ofrecían también en esta fecha **“sacrificios de comunión”** (Levítico 23,18-20).

La fiesta era tan grande que merecía el suspender todos los trabajos: **“No harás ningún trabajo servil”** (Números 28,26). Puesto que era una de las tres fiestas de peregrinación para los que vivían fuera de Jerusalén, sumado al hecho de que fuera día vacacional, se explica suficientemente el que hubiera tanta gente en la calle ese día en Jerusalén (ver Hechos 2,5-6).

Un detalle importante es que Lucas no se limita a darnos un dato cronológico sino que en su narración le da el énfasis de un “cumplimiento”, por eso el texto griego se puede leer como: **“cuando se cumplió la cincuentena”** (2,1). Con esto muestra que se trata del cumplimiento de una promesa. En efecto, ya en Lucas 24,49 y en Hechos 1,4-5.8 el terreno había sido preparado con la palabra profética sobre la venida del Espíritu Santo. Por lo tanto el trasfondo de la fiesta judía es retomado y notablemente superado por la palabra y la obra de Jesús: estamos ante la plenitud de la Pascua de Jesús.

En el Pentecostés cristiano, la gracia de la Pascua se convierte en vida para cada uno de nosotros por el poder del Espíritu Santo, mediante una alianza indestructible, porque está sellada en nuestro interior.

*“Estaban reunidos todos en un mismo lugar” (2,1b)*

La expresión **“todos juntos”** recalca la unidad de la comunidad y es una característica del discipulado en los Hechos de los Apóstoles. Una frase parecida la encontramos en 1,14.

Así se anuncia quiénes van a recibir el don del Espíritu Santo. Se trata de la comunidad que había sido recompuesta numéricamente cuando se eligió al apóstol Matías (1,26). Una comunidad cuyo número indica el pueblo de la Alianza que aguarda las promesas definitivas de parte de Dios. En ella no se excluyen, puesto que estaban **“todos”**, la Madre de Jesús y un grupo más amplio de seguidores de Jesús.

Este “*todos*” anuncia también la expansión del don a todas las personas que se abren a él, como efectivamente lo irá narrando –a partir de este primer día- el libro de los Hechos de los Apóstoles.

Pero, ¿cómo recibieron el don del Espíritu y qué hicieron enseguida? Veamos.

## **2. Dentro del cenáculo: la efusión del Espíritu (Hechos 2,2-4)**

Sucede la venida del Espíritu Santo sobre la comunidad. Notemos en la narración lucana:

- (1) Dos signos: el viento y el fuego (2,2-3)
- (2) La realidad: “quedaron todos llenos del Espíritu Santo” (2,4a)
- (3) La reacción de los destinatarios de la unción: hablar en lenguas (2,4b)

Detengámonos en lo esencial de este anuncio que no hace san Lucas.

### **(1) Dos signos: el viento y el fuego (2,2-3)**

Así como cuando el cielo nos hace presentir que algo va a pasar, sea una tempestad u otra cosa, así sucede aquí: primero Dios manda signos que atraen la atención sobre lo que está a punto de suceder; este preludio de su manifestación da paso, luego, a la experiencia de su maravillosa presencia.

En la manifestación de la venida del Espíritu Santo al hombre, encontramos dos signos que despiertan nuestra atención: uno para el oído y otro para los ojos.

- **Un signo para el oído: el viento (2,2)**

Primero hay un viento, que es un signo para el oído, un viento que se hace sentir: “*De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban*” (v.2).

El viento en la Biblia, está asociado al Espíritu Santo: se trata del “Ruah” o “soplo vital” de Dios. Ya el profeta Ezequiel había profetizado que como culmen de su obra Dios infundiría en el corazón del hombre “un espíritu nuevo” (Ez 36,26), también Joel 3,1-2; pues bien, con la muerte y resurrección de Jesús, y con el don del Espíritu los nuevos tiempos han llegado, el Reino de Dios ha sido definitivamente inaugurado.

No sólo Lucas nos lo cuenta, también según Juan, el mismo Jesús, en la noche del día de Pascua, sopló su Espíritu sobre la comunidad reunida (ver el evangelio de hoy: Juan 20,22: “*Sopló sobre ellos*”; también Juan 3,8).

Pero lo que aquí llama la atención es el “*ruido*”, elemento que nos reenvía a la poderosa manifestación de Dios en el Sinaí, cuando selló la Alianza con el pueblo y le entregó el don de la Ley (Éxodo 19,18; ver también Hebreos 12,19-20). El “*ruido*” se convertirá en “*voz*” en el versículo 6. Éste es producido por “*una ráfaga de viento impetuoso*”, lo cual nos aproxima a un “soplo”.

Observemos que se dice “*como*”, o sea, que se trata de una comparación; el término en el lenguaje bíblico nos indica lo indescriptible que es la experiencia religiosa.



El hecho que provenga “*del cielo*”, quiere decir que se trata de una iniciativa de Dios. El cielo no se ha cerrado con el regreso de Jesús a él, todo lo contrario, como dice Pedro más adelante: “*Y exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y oís*” (Hechos 2,33).

- **Un signo para la vista: el fuego (2,3)**

Enseguida aparece un signo hecho para la vista: “*Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos*” (v.3).

Las “*lenguas como de fuego*”, también de origen divino, son un signo elocuente. Lo mismo que el “viento”, en la Biblia el “*fuego*” está asociado a las manifestaciones poderosas de Dios (ver Éxodo 19,18) e indica la presencia del Espíritu de Dios.

No debería tomarnos por sorpresa. En este mismo evangelio, ya san Juan Bautista ya nos había familiarizado con el signo: “*El os bautizará en Espíritu Santo y fuego*” (3,16). Por su parte Jesús había dicho: “*He venido a traer fuego a la tierra y cuánto deseo que arda*” (13,49).

Así como en el signo visual que el evangelista presentó en la escena del Bautismo de Jesús (“bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma”, Lucas 3,22), lo mismo sucede aquí pero con la imagen del “*fuego*” que se “*posa sobre cada uno de ellos*”. Pero a diferencia de la misteriosa imagen de la paloma, la imagen del fuego es coherente y más fácilmente comprensible dentro de lo que está narrando.

La forma de “lengua” atribuida al fuego sirve para describir la distribución del mismo fuego sobre todos, pero crea un bello juego de palabras con el término “lengua” que asocia las “*lenguas como de fuego*” (v.3) del Espíritu con el “*hablar en otras lenguas*” (v.4) por parte de los apóstoles.

Se cumple la profecía de Juan Bautista sobre el bautismo en Espíritu Santo y fuego (ver Lucas 3,16).

## **(2) La realidad: “quedaron todos llenos del Espíritu Santo” (2,4a)**

Después de los signos iniciales, de referente externo, Lucas nos invita a entrar en la experiencia interna y así captar el significado: ¿Qué es lo que está pasando en el corazón de los discípulos? ¿Cuál es la acción interior del Espíritu Santo?

Después de los signos emerge la realidad, una realidad que se describe con sólo una línea: “*Y todos quedaron llenos del Espíritu Santo*” (2,4<sup>a</sup>).

Este es sin duda, el acontecimiento más importante de la historia de la salvación, junto con la creación, la encarnación, el misterio pascual y la segunda venida de Cristo. ¡Y está descrito solamente en una línea! (dan ganas de ponerse de rodillas).

Decir que los discípulos “*quedaron llenos*” del Espíritu Santo, que el mismo Dios los llenó de Espíritu Santo, es como decir, para explicarnos con un ejemplo, como un gran embalse de agua –de esos que se utilizan para generar energía- que de repente se

convirtiera en una inmensa catarata que se vacía a través un dique y entonces toda esa enorme masa de agua, que es la vida trinitaria, se vaciara en los pequeños recipientes de los corazones de cada uno de los apóstoles.

“**Quedaron llenos**”. Después de purificar a los hombres por la cruz de su Hijo, de prepararlos como odres nuevos, Dios los hace partícipes de su misma Vida. El corazón de los discípulos ha sido hecho partícipe, por así decir, como un vaso comunicante, de la vida trinitaria. Por el don de su Espíritu, Dios infunde su amor en cada criatura y la recrea con su luz.

“**Quedaron llenos**”. Los discípulos hicieron la experiencia de ser amados por Dios, una experiencia verdaderamente transformante, puesto que sana a fondo todas las fisuras que permanecen en el corazón por los dolores de la vida, por las carencias, y le da a la vida un nuevo impulso, una nueva proyección.

“**Quedaron llenos**”. La palabra que repetimos con tanta frecuencia, “el amor de Dios”, que muchas veces es una palabra vacía, aquél día fue para los apóstoles una gran realidad. Les cambió la vida. Les dio un corazón nuevo, el corazón nuevo prometido por Jeremías (31,33) y por Ezequiel (36,26). Y, como veremos enseguida, se nota que desde ese momento, los apóstoles comenzaron a ser otras personas.

### **(3) La reacción de los destinatarios de la unción: hablar en lenguas (2,4b)**

El “viento” se convierte en “soplo” santo que inunda a todos los que están en el cenáculo y las “lenguas como de fuego” sobre cada uno se convierten en nuevas “lenguas”, en una capacidad nueva de expresión. Aquí se nota el primer cambio en la vida de los discípulos de Jesús.

El Espíritu Santo, el soplo vital de Dios, lleva a hablar otras lenguas: “***Y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse***” (2,4b).

El término “**otras**” (lenguas) es importante aquí para que lo distingamos del hablar incomprendible (la oración en lenguas o “glosolalia”), la cual necesita de un intérprete (de esto habla Pablo en 1ªCorintios 12,10). Lo que sucede aquí parece más próximo a lo que el mismo Pablo dice en 1ªCorintios 14,21, citando a Isaías 28,11-12, y está relacionado con la predicación cristiana a los no convertidos. En otras palabras, lo que el Espíritu Santo pone en boca de los discípulos es el “kerigma” (ver el evangelio del domingo pasado), el cual recoge “**las maravillas de Dios**” (2,11) realizadas a través de Jesús de Nazareth, particularmente su muerte y resurrección.

Pero esta capacidad de comunicarse irá más allá: se convertirá poco a poco en el lenguaje de un amor que se la juega toda por los otros, que ora incesantemente, que perdona y se pone al servicio de todos. No hay que perder de vista que el don del Espíritu es del amor de Dios.

Lo que aquí comienza como “lengua” o “comunicación”, terminará generando el mayor espacio de comunicación profunda que hay: la comunidad cristiana. Su motor es el amor. Es como si el Espíritu continuamente nos dijera al oído: “en todo pon amor”, “lleva siempre amor en tu corazón”, “si corriges, pon amor; si la dejas pasar, pon amor; si callas, pon amor”.

### 3. Fuera del cenáculo (Hechos 2,5-11)

La segunda escena ocurre en la plaza frente al cenáculo. Allí vemos como el corazón nuevo de los apóstoles se expresa concretamente en la vida.

#### (1) La gente estaba estupefacta (2,5-6)

Todos quedaron fuertemente admirados. Los efectos de la venida del Espíritu son los mimos que se daban cuando Jesús entraba poderosamente en la vida de las personas; por ejemplo, cuando manifestó sobre el lago su potencia divina, se dice que quienes lo vieron quedaron estupefactos (ver Lucas 8,25). Aquí se dice lo mismo con relación a la manifestación del Espíritu Santo: ***“la gente se congregó y se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua. (Estaban) estupefactos y admirados...”***.

#### (2) La congregación de todos los pueblos (2,7-11)

Confrontando los humildes galileos con la multitud internacional y pluricultural que se congrega frente al cenáculo, Lucas sigue el relato haciendo la lista de las naciones (ver 2,7-11<sup>a</sup>). La enumeración sigue círculos concéntricos.

La lista termina diciendo, ***“todos les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios”*** (2,11b). Así aparece otro elemento importante del mensaje de Pentecostés.

Teniendo presente el relato la torre de Babel (ver Génesis 11,1-9), Lucas nos muestra una gran transformación operada por la venida del Espíritu Santo.

En Babel se confunden las lenguas: hay caos lingüístico que representa cómo cuando cada persona se apega a su propio proyecto y no es capaz de abrirse al de los demás, nunca es posible construir un proyecto comunitario. Babel, entonces, es caos ideológico, reflejo del caos psicológico puede darse dentro de uno: conflicto de proyectos, deseos contradictorios que emergen continuamente.

Babel se repite todos los días: se comienza hablando una misma lengua, se diseñan proyectos comunes, pero de repente aparecen los intereses personales que mandan todas las alianzas al piso, que rompen en definitiva las relaciones.

Pero en Pentecostés todos son capaces de comprenderse: todos hablan diversas lenguas (y por eso esa larga lista de pueblos), pero llega un momento en que todos se entiende, como si estuvieran hablando una misma lengua. Esta lengua es la del amor, cuya máxima expresión es el amor de Dios: ***“las maravillas de Dios”***.

#### (3) La honra al nombre de Dios (2,11b)

Retomemos la frase final: ***“Todos les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios”*** (2,11b).

Recordemos que en Babel la torre allí mencionada en realidad era un templo en forma de pirámide sacra, por lo tanto se trataba de una experiencia religiosa. ¿A qué se alude? Se alude a un problema que puede surgir de una experiencia religiosa mal llevada. El

mismo texto lo dice: ***“Hagámonos un nombre para que no nos dispersemos sobre la faz de la tierra”*** (Génesis 11,4; la Biblia de Jerusalén traduce: “hagámonos famosos”). Aquí el pecado no está en el hecho de honrar a la divinidad con un templo sino querer ***“hacerse un nombre”***, es decir, el querer ser adorados ellos mismo y no Dios. Esto sucede a veces, es lo podemos llamar la “instrumentalización” de Dios. Se dice que se trabaja por Dios pero en el fondo podría estarse buscando otra cosa: ***“hacerse un nombre”***.

En Pentecostés es distinto: los apóstoles no trabajan para sí mismos, no quieren hacerse un nombre, sino darle honra al nombre de Dios, esto es, proclamar las grandes maravillas de Dios: ***“Todos les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios”*** (v.11).

Cuando en el mundo de las relaciones cada uno trata de hacerse un nombre, se crean polos, tantos polos cuantas sean las personas que están centradas en sí mismas. Babel es la guerra de los egoísmos, en cambio Pentecostés es la formación de la comunidad en la comunión de diversidades cuyo centro es Dios.

Los mismos discípulos que antes de la Cruz de Jesús discutían quién era el mayor, viven ahora una conversión radical que es como la revolución copernicana: se han descentrado de sí mismos –están llenos de amor- y se han centrado en Dios.

Todo está orientado hacia la gloria de Dios, hacia la alabanza de Dios y es en Él en quien convergemos todos, poniendo nuestros mejores esfuerzos en ayudar a construir su proyecto creador en el mundo.

Esta es la conversión que nos aguarda a todos. Lo que sucedió el día de Pentecostés fue apenas la inauguración; el evento nos sigue envolviendo a todos los que los que lo aguardamos con el corazón ardiendo por la escucha de la Palabra de Dios y la oración.

Así, en cada uno de sus miembros, la Iglesia adquiere todos los días un rostro nuevo, reflejo del amor de Dios.

Entremos en este camino, haciendo nuestra esta bella oración:

*“Ven, oh Espíritu Santo,  
y danos un corazón grande, abierto a tu silenciosa y potente palabra  
inspiradora;  
(un corazón) hermético ante cualquier ambición mezquina;  
un corazón grande para amar a todos, para servir a todos, para sufrir con  
todos;  
un corazón grande, fuerte para resistir en cualquier tentación, cualquier  
prueba, cualquier desilusión, cualquier ofensa;  
un corazón feliz de poder palpar al ritmo del corazón de Cristo y cumplir  
humildemente, fielmente, virilmente, la divina voluntad”*

(Pablo VI, el 17 de mayo de 1970).

Lo que viene es grande, porque Pentecostés es fiesta de la esperanza: la esperanza de que la humanidad entera –comenzando por quien tenemos cerca- pueda ser invadida por el Espíritu Santo en la alegría del don de sí mismo, así como el Cristo pascual.

***Cultivemos la semilla de la palabra en lo profundo del corazón***

En una reunión ecuménica en Upsala, el patriarca metropolitano oriental dijo estas palabras: ***“Sin el Espíritu Santo, Dios es lejano. El Evangelio es letra muerta. La autoridad de la Iglesia es una dominación. La liturgia es pura evocación. El actuar de los cristianos es una moral de esclavos. Pero cuando el Espíritu Dios está presente, el Evangelio es Espíritu y Vida, la autoridad de la Iglesia es servicio, la liturgia es conmemoración y anticipación de lo esperado, y el actuar cristiano es deificado”***.

1. ¿Quién es el Espíritu Santo? ¿Qué obra de particular en nosotros el Espíritu Santo?
2. ¿De dónde viene la palabra “Pentecostés”? ¿Qué era para el pueblo de Israel?
3. ¿Qué me dicen los signos del “viento” y del “fuego”?
4. ¿Me siento “lleno” del Espíritu Santo? ¿Cómo se sabe que una persona está “llena” de Espíritu Santo? ¿Qué sucede dentro de ella y cómo se nota fuera?
5. ¿Qué conversión me lleva a vivir el bautismo en el Espíritu Santo? ¿Qué voy a hacer en el Pentecostés de este año para avanzar más en este camino por el cual me conduce el Espíritu Santo de Dios?
6. ¿Qué efectos tiene Pentecostés tanto a nivel comunitario (del grupo, la pequeña comunidad, la parroquia) como a nivel de la sociedad?
7. ¿Por qué decimos que la Iglesia nació en Pentecostés? ¿Qué caracteriza profundamente la vida de la Iglesia?

***¡Oh llama de amor viva,  
que tiernamente hieres  
de mi alma en el más profundo centro!  
pues ya no eres esquiva,  
acaba ya si quieres;  
rompe la tela de este dulce encuentro.***

***¡Oh cauterio suave!  
¡Oh regalada llaga!  
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,  
que a vida eterna sabe  
y toda deuda paga!,  
matando muerte en vida la has trocado.***

***¡Oh lámparas de fuego  
en cuyos resplandores  
las profundas cavernas del sentido  
que estaba oscuro y ciego  
con extraños primores  
calor y luz dan junto a su querido!***

***¡Cuán manso y amoroso  
recuerdas en mi seno  
donde secretamente solo moras  
y en tu aspirar sabroso  
de bien y gloria lleno  
cuán delicadamente me enamoras.***

(San Juan de la Cruz)